

Marras

Ni es culpable ni extingible, ni deve tampoco te-
 merse el natural deseo de adquirir la libertad. Por
 el contrario, es funesta y puede muy bien evitarse,
 la tentacion de adquirirla por medios aventurados
 y en esto es en lo que la moral, la ilustracion
 y las leyes tienen que trabaxar con su fatigable
 desvelo. ¡Ah si la primera y segunda tubiesen
 entre los hombres o al menos entre amos y es-
 clavos el imperio que devian, de quanta confu-
 sion y embarazo se libertaria la tercera! p.
 por que nunca llegaron a la altura necesaria,
 por que ni los sabios Romanos, ni sus insig-
 nes maestros pudieron lograr jamas que
 Amos y Esclavos fuesen tan buenos y tan
 ilustrados como convenia que fuesen; por
 eso serio a sus gobiernos siempre embaraza-
 dos y confusos en este ramo importante, em-
 pleando ya la dulzura, ya la severidad

ya la fuerza para mantener un derecho q.
no accetaron afundar, ni menos a explicar
y fixar. Porotras que no heredamos su
sabiduria ni recursos, que estamos con mayo-
res dudas sobre la legitimidad de un do-
minio que se adquiere traficando, y no
peleando como ellos: que por la mayor
parte se exerce en la soledad de los cam-
pos, lejos de los magistrados, y de la
poblacion civilizada: ¿ como podremos
decir que hemos asegurado u al menos
puesto en sus limites el uso de la au-
toridad del amo y de la obediencia de
el esclavo? ¿ como sin alucinacion
nos podemos persuadir que hemos to-
mado todos los pasos por donde pue-
de asomarse la violenta tentacion de
sacudir este yugo?

Es cierto que la religiosa piedad
de nuestros augustos monarcas ha pro-

pendido siempre á aliviar y proteger la
suerte de estos desgraciados, y que despues ad-
quitar al amo el antiguo y barbaro dexe-
cho de la vida y de la muerte; nuestras le-
yes le conceden quatro consuelos que les
negó y niega la politica estrangera, y son
el de tener aditio para pasar de un
amo cruel á otro benigno: el de casarse
á su gusto: el de poder esperar por pre-
mio de sus buenos servicios la deseada li-
bertad: y lo que todavia es mas notable
y mas repugnante á la esencia del domi-
nio, el de tener propiedad, y poder con
ella pagar la libertad de sus hijos, la
de su muger, y la suya.

ver
que...

Pero quantos son los flancos que
quedan todavia descubiertos para que la
tentacion se introduzca. Y aun quando
no los desasen las insignuadas leyes; qui-
en es el que puede asegurax su general

obsequancia? Pare quando may en los
lugares poblados, y en las pequeñas la-
vores, por que en los unos vela el ojo del
Magistrado, y en los otros la natural
dulzura de esta clase de cultivo, unida
ala timidez que acompaña al pelantrín.
Pero en la solidad de un Ingenio no hay
mas magistrado que el amo. Su distan-
cia del gobierno, el tamaño de su fortu-
na, y las consideraciones políticas que
siempre es preciso guardar entre el s.
y el Esclavo, le ponen en situacion de
exercer impunemente la autoridad ab-
soluta. Yes cierto que la humanidad co-
rre gran riesgo en las manos de seme-
jante ministro, por que todo le estimu-
la al abuso, y al exceso.

Se trata en primer lugar de una
gran porcion de esclavos reunidos en
un propio punto, y esta reunion de

fuerzas causa siempre sobresalto. Para temerlos sugetos parece como indispensable valerse del recurso del miedo.

Son duros y no dan treguas los trabajos de un Ingenio, quiere decir, que al menos exigen continuos esfuerzos y como sin interej, jamas se hicieron aquellos es preciso que el castigo u la maña los produzca.

Poco, poquísimo, u nada deve esperarse de la maña de los Directores, o Capataces de semejantes trabajos. Su rusticidad es conocida, y basta verles á todas horas armados de machete y foete, para que se conozca que aquellos son sus recursos.

La ley no limita el castigo ni señala el alimento ni tampoco los trabajos de los Esclavos. Les dió solamente el recurso de quejarse al magistrado para que reduzca al amo á la obervancia de lo justo. ; Pero que recurso gran Dios! Hay

otra ley que previene que todo siervo que
se encuentre 'aleguar y media de su Inge-
nio sin licencia de su dueño mayordomo
u mayoral, sea por qualquiera aprehen-
dido y buelto a entreyar a su amo. ¿Co-
mo pues hade llegar ala vista del ma-
gistrado el ilacorado, el hambriento, el
fatigado Esclavo? ¿Aun quando por
casualidad llegue, ¿quien le defiende, y
le protege contra un poderoso que es amo,
y que alas naturales ventajas que le da
su educacion, une la de que sus fechorias
no pueden ser presenciadas sino por sus
mismos complices o demas asalariados,
que viven y dependen dell?

Previno tamb. la ley que nadie
quitate al Esclavo el mayor de los con-
suelos que en su situacion puede tener
y nadie pudiere impedirle la eleccion
de una companera de sus miseria.

En el sistema que constantemente han segui-
do nuestros Ingenios y sigue la mayor
parte todavía, está eludida esta ley por
que siendo todos barones los esclavos y
permitiendose á muy pocos que bayen á los
parages en que pudieran encontrar hembras
es claro que deciciba aun que indirectamen-
te se les impide gozar de tan apreciable
derecho.

No disimulemos no, la exactitud y
verdad de los anteriores raciocinios, y de
otros muchos todavía mas fuertes que
se pudieran formar, por que nos des-
mentirá el material examen que haga
qualquiera de un Ingenio, y la sim-
ple reflexion de que mientras que en
ellos se ven suscidios, coitos bestiales,
jugas continuas, languides en los sem-
blantes, devilidad en los miembros, im-

chos enfermos, y muertos, nada, ó casi
nada de todo esto se advierte en los
Capitales, Potosí y demás pequeñas
ciudades. Al contrario, concluyamos
con la doble ingenuidad que apear de
nuestras leyes y de sus santos designios
vere por fuerza existir en los Ingenios
de Azúcar que no se hallan goberna-
dos por hombres ilustrados y huma-
nos la violenta tentación que tanto
mal nos cuesta.